

TIRABEQUE

PERIÓDICO SEMANAL.

SATÍRICO-POLÍTICO-BURLESCO, Y ALGO MAS.

PRECIO EN MADRID.

Tres meses..... 4 rs.
Seis..... 7
Un año..... 14
A 3 rs. la mano en Provincias, y 2 en Madrid.—Números sueltos, 2 cuartos.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Tres meses..... 5 rs.
Seis..... 9
Un año..... 18
Se suscribe en la Administración, calle del Soldado, 4, bajo.

TIRABEQUE EN CAMPAÑA.

—Tirabeque, ¿qué diablos estás haciendo?

—¿Qué hora tiene su mercé, mi amo?

—Pero hombre... ¿qué te sucede?

—Ná, que ahora mesmo monto en el tren y me marcho con el ciudadano Orense. Quiero ser voluntario.

—¡Estás en tu juicio!

—Ya verá su mercé, mi amo, qué modo de espanzurrar prusianos. Todavía no me ha visto su mercé enfadado... ¡Ea! Ya se me subió á mi la sangre á las narices. Ahora es cuando ese vejete de rey Guillermo se va á tener que meter en cama y ponerse en cura. Traiga su mercé, mi amo, esas polainas que tengo encima de esa silla.....

—Vamos, vamos, esto ya pasa de castaño oscuro, Tirabeque.

—Abrócheme su mercé este cinturón. Ya le escribiré á su mercé en llegando, dándole cuenta de las batallas que hemos ganado, y de... dése su mercé mas prisa, mi amo, ya son las siete y media, y á las ocho en punto sale el tren.....

¿Te has vuelto loco?

—No señor, mi amo; lo que tengo es muchísimo entusiasmo guerrero, y muchas ganas de andar á coscorrónes con los hulanos. Descuide su mercé, mi amo, ya le remitiré un par de ellos para que cuiden la casa y ladren cuando sientan ruido.

—Pero si tú no sabes manejar las armas.

—Ya me lo enseñarán, mi amo, que no se ganó Zamora en una hora, como dijo el otro. Además, que no estoy tan ignorante que no sepa ya ¡descansen! y ¡ármas al hombro!

—Que se te cae un calcetín, Tirabeque.

—Que se caiga aunque sea la Biblia.

Déme su mercé, mi amo, un abrazo, y expresiones á los suscritores, que ya sabrán mis aventuras ó desventuras, á contar desde el próximo número.

LOS HULANOS.

I.

No muy distante de la desembocadura del Loira existía, hace poco tiempo un pequeño pueblecillo, que semejante á una bandada de palomas fatigadas de un penoso y largo viaje, reclinaba muellemente sus casitas blancas como la nieve en una verde colina esmaltada de purpurinas flores.

La existencia se deslizaba plácida y tranquila en aquel oasis misterioso, tan lleno de encantos y de placeres.

El trabajo, fecundizando sus productivos campos, satisfacía con creces el sudor del proletario, y la reja del arado, al hundirse en la madre tierra, tributaba ópimos frutos cuando el sol fermentaba la dorada es-

piga y el Estío sazónaba sus espontáneos frutos.

En la cuesta de la colina, velada misteriosamente por un grupo de abetos, había una gótica ermita, visible fragmento de algún castillo feudal que se había arruinado.

Nada todavía había venido a turbar la paz y felicidad que en aquel olvidado rincón del mundo se gozaba.

En una de las primeras casitas del pueblo había una modesta y laboriosa familia, compuesta de una anciana, casi ciega por los años, y un robusto y gentil mancebo, hijo suyo, y que gozaba de una reputación de hábil tirador en todo el país, que muchos envidiaban.

Su ocupación, ó mejor dicho, placer favorito, después de las faenas agrícolas, era recorrer el valle y el monte provisto de su escopeta, persiguiendo á las palomas.

Una tarde Tomás, al retirarse á su casa como de costumbre, por el sendero que conducía á la ermita, percibió un confuso rumor de armas y caballos, que parecía levantarse del fondo del valle.

La incierta y vaga luz del crepúsculo apenas era suficiente para distinguir claramente los objetos mas inmediatos.

Sin embargo, el pobre aldeano sintió que se estremecía todo su ser y le latía el corazón con mas violencia que de costumbre.

Tomás no era cobarde; mas se detuvo al borde del abismo, y tendiéndose entre los matorrales, se puso á sondear con avidez las tinieblas.

Nada se distinguía; pero aquel vago rumor crecía por momentos, y bien pronto resonaron los primeros pasos en la calzada.

Aquel camino hacia muchísimos años que no estaba frecuentado, ni por viajeros, ni

por contrabandistas. La luna, que hasta entonces había permanecido oculta entre densas nubes, descubrió su plateado disco, iluminando la campiña.

Tomás lanzó un grito de sorpresa rápidamente sofocado, é incorporándose sobre una rodilla, oprimió con nerviosa mano su escopeta de caza.

Pronto un centenar de soldados bávaros se distinguieron en los primeros estribos del puente. Iban cantando alegremente, y con las carabinas en el arzon.

Un rumor seco y metálico se sintió en los matorrales.

Los soldados se iban acercando gradualmente.

Reinaba un silencio sepulcral.

A lo lejos, perdido en lontananza, la campana de la ermita invitaba á la naturaleza á la meditación y á la piedad.

Súbito un fulgor repentino y siniestro iluminó el sendero, seguido de una detonación que hizo desprenderse y caer revoloteando las hojas secas de los arbolillos mas cercanos.

Un pobre soldado se irguió convulsivamente sobre el caballo, lanzó un grito de agonía, y cayó rodando al suelo.

Sus compañeros, sorprendidos y aterrizados, cogieron precipitadamente sus armas y se formaron en un solo grupo.

Otro disparo salió del matorral, y un nuevo soldado ensangrentó la arena.

Cien detonaciones simultáneas se oyeron, y cien balas fueron á esconderse en el matorral.

Un quejido lastimero se oyó, ténue como el perfumado soplo de la brisa, ahogado como el céfiro matinal, y después todo volvió á quedar sepultado en el mas profundo silencio.

Los soldados registraron el matorral, y

solo hallaron un pañuelo manchado de sangre.

La campana de la ermita seguía á lo lejos su melancólica plegaria, y dos cadáveres quedaron tendidos en las rocas sumidos en el profundo sueño de la muerte.

II.

Media hora despues la campana de la ermita tocaba á somaten.

Algunos grupos de aldeanos, armados con escopetas, ocupaban todas las laderas de la montaña, y grandes fogatas en las cumbres del monte alumbraban el valle.

Tomás, con la cabeza vendada, pero los ojos radiantes de bélico entusiasmo, les señalaba el horizonte.

Los niños y las mujeres, encerrados en la Iglesia, postrados de rodillas ante la imagen de la Virgen, elevaban sus preces al cielo.

Los hulanos enfilaron á rienda suelta por la encrucijada que conducía al pueblo.

Un grito lanzado por veinte robustos pechos á la vez ensordeció los aires, y una descarga vino á sembrar la muerte y el desórden en los alemanes.

Largo rato continuó la lucha.

Una hora despues un resplandor sangriento iluminó la campiña.

La aldea estaba incendiada.

Envuelta en las tinieblas se distinguía la gótica torre de la ermita, y de sus ojivas ventanas dos rojizas llamaradas seguidas á intervalos por una columna de humo negro, desaparecía en densos espirales en el espacio azul del firmamento.

Pronto las llamas se retorcieron como las serpientes del Apocalipsis, en los vetustos sillares de la torre.

Primero se estremeció agonizante y convulsa al borde de aquel terrible y candente volcan, luego se desplomó con horrible es-

trépito, y una columna de fuego y humo la escondió entre sus sangrientos pliegues.

III.

A la mañana siguiente un monton de cenizas y de escombros humeantes recordaba al viajero extraviado la existencia de aquel pueblo.

Todo habia vuelto á quedar en silencio.

Solo un centenar de infelices habian desaparecido de la tierra, sacrificados al capricho de un tirano, y otras tantas desventuradas madres lloraban con desconsuelo eterno la irreparable pérdida de sus queridos hijos.

..

—¡Pluguiera al cielo que jamás se me hubiera metido en el magín la idea de ser periodista, y político por ende! Mi amo, créame su mercé, igualito que Dios está en los cielos, si no fuera porque tengo entre ceja y ceja eso de los reyes, lo mismo que lo digo, me retiraba á mi pueblo á concluir los pocos años que me restan de vida, en paz y en gracia de Dios.

—¿Qué te ha sucedido, Tirabeque?

—Poca cosa, mi amo. Figúrese su mercé que la otra noche estaba yo muy descuidado y satisfecho en el *Circo de Price*, cuando dos caballeros, directores, segun malas lenguas, de dos periódicos muy conocidos, se dieron unos cuantos coscorriones, y hasta uno de ellos, sin duda el que gastaba menos *politica*, le soltó al que tan solo habia esgrimido las armas del *pueblo* un tiro de revolver, que si no es por un alma caritativa que evitó la puntería le deja tan muerto como mi abuelo.

—¿Y qué se te importan á ti esas cuestiones?

—No me importarian un pito, si no fuera porque muy bien podia habérseme aquella bala perdida encontrado en alguna parte de mi individuo... Además, mi amo, que si se llegase á tomar en *moda* ese *modo* de discutir entre la prensa, seria cosa digna de ver á los periodistas escribiendo sobre un *tambor*, con un par de pistolas en la cabeza y un casco al cinto, digo, con un par de pistolas al cinto y un casco en la cabeza, el trabuco á la espalda, y un bote de pólvora por salvadera...

—¡Hombre no exageres!

—No hay exageracion que valga: ¿no se acuerda su mercé, hace años, cuando el señor Caballero de Rodas tuvo aquella *cuestion* con D. Nicolás María Rivero.

—Eso fue cuando D. Nicolás escribía en *La Discusion*.

—Y hablando de otra cosa, mi amo; ¿ha leído su mercé el Manifiesto montpensierista? Pero, mi amo, hasta dónde llega la trastienda de esa gente! ¡Qué calladitos se lo tenían los picarillos...!

—No sabes tú que la cuestion es dar un golpe de... efecto.

—Tiene su mercé razon, mi amo; á este Gobierno le gusta mucho el andar á *golpazos*. Cada cual tiene su modo de matar pulgás en este mundo... si no, dígalo Rafaelito, el niño *zurdo*, y demas compañeros martires...

LA ENTRE-VISTA

DE

BISMARCK Y JULIO FAVRE.

FAVRE. Buenos días señor ministro.

BISMARCK. ¿Cómo está usted?

FAVRE. Yo... tan bueno.

¿Y usted?

BISMARCK. Algo delicado:

Tengo un catarro soberbio; en fin, vamos al asunto...

FAVRE. Usted dirá.

BISMARCK.

Tome asiento.

¡Muchacho! tráenos un ponche.

Pues, como íbamos diciendo...

Voy á cerrar esa puerta,

con su permiso... Volviendo

á la cuestion, creo que ahora,

amigo mio, estaremos

mas conformes; es decir,

que la paz ya será un hecho

¡Pues vaya! Teneis razon.

FAVRE.

BISMARCK. ¿Usted fuma? es buen beguero.

FAVRE. Señor Bismarck, muchas gracias.

BISMARCK. Hoy he hablado al Rey Guillermo,

y me ha dicho que en su nombre

los dos estipularemos

las condiciones...

FAVRE.

Me agrada:

vamos por puntos; Primero:

usted, á quién hizo la guerra?

¿á la Francia, ó al Imperio?

BISMARCK.

¡Hombre! Vaya una pregunta.

¿Nó lo sabe usted ya?

FAVRE.

Bueno.

BISMARCK. Deme usted lumbré...

FAVRE.

¡Cuidado,

que se quema usted el chaleco...!

El Imperio ya se ha hundido,

pero la Francia no ha muerto,

ni morirá...

BISMARCK.

Julio Favre,

mucho asegurar es eso...

Adelante... No me importa,

que mas tarde lo veremos.

FAVRE.

Pues es el caso, que yo,

por orden de mi Gobierno...

BISMARCK.

¿Qué Gobierno, ni ocho cuartos!

No me venga usted con cuentos,

pues ya tengo muchos años

para que me mame el dedo.

Yo no reconozco á nadie

en Francia, mas que al Imperio,

ó á la Regencia...

FAVRE.

Pero hombre...

BISMARCK.

Nada, lo dicho.

FAVRE.

Supuesto,

qué usted no me reconoce,

aquí sobra uno.

BISMARCK. Bueno.
 FAVRE. Mas tenga por entendido
 que Napoleon ha muerto,
 y la Regencia no existe.
 BISMARCK. Pues en Paris hablaremos.
 Ya sabeis mis condiciones.
 FAVRE. Quedad con Dios.
 BISMARCK. Hasta luego.
 FAVRE. En Paris os esperamos.
 BISMARCK. Buenos cañones tenemos.

* *

¡Siempre lo mismo!

En una reunion celebrada por los comandantes de la Milicia ciudadana, con objeto del nombramiento inmediato de un jefe de Estado Mayor, parece ser que de 25 votantes ha resultado elegido el *brigadier* Búrgos por 13 votos.

Es decir, por *medio* voto.

Está visto, aquí en España, por desdicha, todas las cosas se han de hacer a *medias*.

* *

¿Cónque el día 4 de octubre habrá una gran *comilona* en la Regencia?

¡Y luego diran que la situacion no tiene *principios*!

En tanto, los pobres maestros de escuela, hasta para comprar un *botijo* tiene que dirigir una solicitud al gobernador de la provincia...

* *

Algunos curas de misa y olla se deshacen en multitud de anatemas contra el Matrimonio civil.

Mas no satisfechos con esto, llegan hasta el punto de influir en las conciencias timoratas á fin de hacerles creer que semejante institucion es un concubinato consentido.

Esta Ley ya está sancionada por la firma de la primera autoridad de la Nacion, y cuando el Gobierno conserva impunes tales desacatos, ó no tiene conciencia de lo que representa, ó quiere que, interpretando su

tolerancia por impotencia, se le suba á las barbas y se ría de él toda esa *chusma* de holgazanes, que para vergüenza del siglo XIX existe aun en España.

* *

—Mi amo, ¿por qué han puesto esos farolillos en todos los balcones de los ministerios?

—No sabes que es conmemorando el alzamiento heroico del 29 de Setiembre...

—¡Toma! pues yo habia creido otra cosa...

—¿Qué habias creido, Tirabeque?

—Que le habia atacado la fiebre amarilla á Figuerola.

* *

—¿Cónque ya no se verifican aquellos banquetes campestres en la Casa de campo?

—Hombre, como ha estado lloviendo...

—Sí, pero en cambio S. A. el Regente se va de caza con algunos amigos intimos, á su posesion de Riofrio.

—Qué quieres que hagan, sino distraerse y divertirse...

—Asi yo tambien seria Regente, mi amo.

* *

Aseguran algunos colegas que los carlistas se preparan para otra intentona, y para la cual, segun dicen, cuentan con poderosos elementos.

El principal creo que es el nunca bien ponderado ó intrépido Garulla, que apuesto doble contra sencillo á que si hubiera seguido siendo *zuavo pontificio*, como antaño, tiene que tentarse la ropa mucho el rey Victor Manuel antes de entrar en Roma.

El otro es el canónigo Mantérola, que será general en jefe de la caballeria de á caballo.

Y Vildósola y Cruz Ochoa mandarán la tropa de linea y la marina de guerra, que armada en corso bloqueará las aguas del Manzanares.

Un Cuerpo voluntario de presbíteros y sacristanes entrarán de un momento á otro por la frontera.

**

LOS PARTIDOS.

Os voy á contar, lectores, arrojando vuestra crítica, la historia de mis amores.

¡Perdí mis años mejores en brazos de la política!

Mi primer novio, Amadeo, francamente, no era feo, tenía hermosa presencia; pero le dejé, por *neo*, á la luna de Valencia.

Tuve otro luego, empleado; no penseis que era un cualquiera. ¡Ay...! una noche el malvado me dió un beso en la escalera... ¡y eso que era *moderado*!

Luego otro... á primera vista de un carácter hiperbólico, que siempre comió por lista; hasta que de un fuerte cólico reventó de *progresista*.

Mas tarde tuve á Roman, partidario de la *union*, que murió de capitan un día de revolucion en la calle de Tetuan.

Pese al destino tirano, no quiero vivir soltera: entrego mi blanca mano, *civilmente* ó como quiera, á cualquier *republicano*.

Soy jóven, bonita y... pobre; mas bien pequeña que alta; admito en plata y en cobre, porque..... vamos, me hace falta que alguna *cosa* me sobre.

**

Un pobre seminarista que se hallaba estudiando en Sigüenza la carrera de *obispo*, seducido por sus catedráticos, cambió la sotana por la boina y los libros por el trabuco.

Antes, fue á despedirse de su tío el cura párroco de un pueblecillo inmediato, quien con lágrimas en los ojos le bendijo, lleno de fervoroso entusiasmo.

Esto sucedía el pasado invierno.

Pues señor, es el caso, que andando el tiempo, el mes pasado, el infeliz seminarista tuvo que escapar á Francia, seguido de un carabinero, que ya dos ó tres veces le habia agarrado por el pescuezo, y merced á sus piernas logró salvarse.

Algo repuesto del susto, pensó maduramente en que no tenía un cuarto, y que estaba en tierra estraña.

Se puso á escribir á su tío; pero por mas que hacia no se acordaba, ni de la calle, ni el número de la casa en que vivia.

A fuerza de sudar la gota gorda y tragar saliva, se acordó que en la época en que estuvo á despedirse, los muchachos del pueblo habian levantado una gran bola de nieve enfrente de la casa.

Y sin pararse en pelillos, escribió á continuación el sobre de esta manera:

A D. Blas Ventosa, cura párroco de Loeches, que vive enfrente de una bola de nieve.

**

—Cochero, ¿y el gaban que he dejado en el carruaje?

—Nun lu he visto, señuritu.

—Pero, hombre, si no he hecho mas que subir á la Regencia, y ya no está donde lo he dejado antes.

—¿Quiere su esclencia que lu encienda un fósforo?

—Centinela, ¿se ha acercado al coche alguna persona?

—Como eso no estaba en la consigna, no he reparado...

—Pues, señor, he hecho buen negocio... voy á atrapar un constipado...

—¿A dónde, señuritu?

—¡Al infierno...!

—Amen.

El jueves pasado tuvo lugar en la imprenta de nuestro periódico una de esas escenas en que se revela en toda su pureza los nobles sentimientos que caracterizan á esos sencillos hijos del trabajo, á quien tan sin razon se rechaza, y se acusa, solo por el delito de comer el pan á costa del sudor de su rostro.

Una de esas criaturas que, por un imperdonable descuido de sus madres, están la mayor parte del día jugando en la calle, fue atropellada por un coche, que le hubiera destrozado de seguro, á no haber sido por el esfuerzo y la intrepidez de un cajista que á la sazón estaba trabajando en dicha imprenta.

Aunque con grave riesgo de su vida, consiguió sacarlo casi ya debajo de las ruedas, salvando de este modo la vida de un inocente, y la tranquilidad de una familia.

Este valiente ciudadano se llama Eugenio Fernandez, y al portarse de este laudable modo no ha hecho mas que obedecer á esos nobles impulsos que tan comunes y tan frecuentes son en las clases que los presupuestivoros llaman *demagógicas* y *desheredadas*.

Ahora el rey Víctor Manuel
logró derribar al Papa;
mas tarde á ese rey le toca
que le derribe la Italia.

Dicen que anda por Lisboa
cierto rumor hace dias...
Ya llegó la última hora
de todas las Monarquías.

El Emperador de Francia
llama traidor á su pueblo;
solo le falta que ahora
le pida el trono á Guillermo.

Don Salustiano fue á Vico
segun dicen, algo, malo.
¡Ya lo creo! ¡Si hubo dias
que tres veces ha almorzado...!

El carlista *Rigoleta* se lamenta, y con razon, del *mercachifismo* repugnante que hace tiempo se viene ejerciendo por los empresarios de los teatros-cafés.

Tiene mucha razon *Rigoleta*.

TIRABEQUE ha tenido ocasion de observar por sí propio el año pasado, que no solamente en el teatro de *Alarcon* la primera noche de estreno no se pagaban derechos algunos por representacion, sino hasta que se negaban algunas localidades gratuitas al autor, que si queria cumplir con sus amigos tenia que pagarlas de su bolsillo como cada hijo de vecino.

En este teatro, lo mismo que en la *Infantil*, se cobran tambien religiosamente la copia de ejemplares, y se contratan comedias á razon de 60 reales por año.

En cuanto á las administraciones lirico-dramáticas, peor es meneallo.

Así es, que en lugar de estimularse la juventud, muy pronto se desengaña y arroja la pluma si tiene el decoro y la dignidad suficiente para no convertirse en un *poetas-tro vergonzante*.

Víctor Manuel acude tambien al *plebiscito* para asegurarse en su trono.

Pues, señor; está de moda ahora el *plebiscito*.

El caso es que la *infalibilidad* y el *plebiscito* son unas antiguallas que han perdi-

do ya por completo el crédito en todos los países civilizados.

REVISTA DE TEATROS.

En el teatro de *Lope de Rueda* se estrenó el drama en dos actos *Las Quintas*, original de D. Francisco Perez Echevarria.

La obra abunda en buenas situaciones, y está perfectamente versificada.

El numeroso público que llenaba el teatro hizo salir á escena á su autor al terminar el acto primero y á la mitad ó conclusion del segundo.

Distinguiéronse en la ejecucion de la obra los señores Vico y Parreño.

En el teatro de los *Bufos-Arderius* se puso en escena *Genoveva de Brabante* y *Robinson*, ambas perfectamente interpretadas é igualmente aplaudidas que en la temporada anterior.

En la noche del martes estuvo en el teatro el popular Offembach, siendo sumamente aplaudido por el numeroso público que llenaba todas las localidades; y el jueves, durante la representacion de *Barba-Azul*, en el teatro de *Jovellanos* fue tambien extraordinariamente aplaudido, teniendo que salir repetidas veces á la escena.

El infatigable Sr. Arderius, siempre deseoso de presentar obras nuevas y de agradar á sus abonados, puso en escena el sábado una zarzuela nueva en tres actos, titulada *Pepe-Hillo*, de la que nos ocuparemos con mas detenimiento en nuestra próxima revista.

Vergüenza nos da confesarlo; pero al paso que el Sr. Arderius, con el criterio que le distingue, hace todo lo que en si cabe por agradar al público, los empresarios del verdadero teatro nacional escatiman y ahuyentan con su falta de entusiasmo á los pocos y dispersos elementos que, hoy en

manos de la juventud, mañana podrian constituir el porvenir del Arte.

Hasta nuestros compositores dormitan en brazos de la pereza.

En *Novedades* continúan favorecidos por una numerosa concurrencia que todas las noches aplaude al Sr. Cervi, con justicia, en *Marinos en Tierra* y *La Sospecha*, que aunque ya muy conocidas, sin embargo, siempre se escuchan con agrado.

En *Alarcon* por fin hizo su debut el señor Alba. Su obra, *La Doble Carcajada*, merece tratarse con algun detenimiento, y por lo tanto, la emplazamos para el próximo número.

En *Buena-Vista* sigue siendo muy aplaudido el Sr. D. Genaro Ontiveros, y la simpática Alonso.

En la semana próxima se pondrán en escena dos obras nuevas, tituladas *La Taberna* y *El Angel Malo*, original de un íntimo amigo de Tirabeque.

Y basta por hoy.

CHARADA.

Inmenso, grande, profundo,
sin tener comparacion,
es mi primera en el mundo
objeto de admiracion.

A muchos la vida cuesta
mi segunda, que proviene
de una enfermedad funesta,
y que remedio no tiene.

Mi todo es una lumbrera,
en el foro y parlamento;
y mayor su gloria fuera,
si á la República diera
el fruto de su talento.

I. R. T.

MADRID: 1870.

IMPRENTA, CALLE DEL SOLDADO, 4, BAJO.